

da quejumbres misteriosas
que amedrentan á los tristes
caminantes de la noche.

¡Hojarascas, esqueletos,
que sin crucés ni coronas,
duermen siglos en las huesas,
corroídos, y en montones,
sin más lágrimas que el llanto
que derraman las auroras!
¡Esqueletos, hojarascas
de los cimbrios y teutones
que cubrieron las llanuras,
esqueletos de las hordas
que los Marios abatieron
como al árbol los ciclones!

¡Ay! Así como en las ramas
desvestidas por la poda,
surgen presto los renuevos
y hacen presto los verdores,
tal resurgen las milicias,
y al rodar los escuadrones,
escuadrones se levantan
como nubes tempestuosas
á la voz de los Atilas
y los bravos Napoleones.

A millares hojas mueren,
á millares surgen brotes,
siempre es así lo que abunda,
lo que no canta ni llora,
así van las muchedumbres,
así van generaciones:
la indiferencia es su vida,
el vegetar es su norma,
viven porque ya nacieron,

ni sufren ni tienen goces,
y son en tan basto número
como en el árbol las hojas.

Nunca la espina se muere
porque ni esplende ni aroma,
ni da sombra en el camino,
ni es gala entre los verdores;
mezquina, dura, punzante,
vengativa y silenciosa,
entre el ramaje escondida
y alimentando rencóres,
hiere los piés que la oprimen
y las manos que la tocan.

¡Aguijón que nunca mueres!
¡Dolor que la vida formas!
¡Eterna duda, oh espina!
¡Espinas que sois traiciones!
¡Espinas de los zarzales
que tejidas en coronas
sois el martirio incesante
de todos los redentores!
¡Almas viles que punzáis
y vivís más que las otras!
¡Será la envidia una espina
mientras haya el mundo flores!

¿Por qué, me dijo Florinda,
hasta en hermanos se nota,
que unos parecen espinas,
otros hojas, y otros flores?
Y respondí suspirando:
tendrán estrellas tus sombras,
brotan en la misma rama
hojas, espinas y flores.